

195

El ruido, los espanta-turistas y los altos precios en los restaurantes, contribuyen a que sientan creciente repulsa por Cuba nuestros visitantes

A esta conclusión llega el Dr. Mario Castellanos, al tratar los factores que afectan el desarrollo de nuestra segunda zafra. Agobiados, los pocos turistas acortan su estancia en nuestro país

Por el Dr. MARIO J. CASTELLANOS

En nuestras crónicas anteriores, habíamos relatado, como por la maldad de unos cuantos, Cuba no había podido desarrollar la industria del turismo, y dabamos cuenta de las dificultades que un turista promedio que hemos bautizado con el nombre de Mr. Smith, había sufrido en la Aduana, y en su llegada al hotel, y lo dejamos ayer ya en su cuarto.

NO LOGRA DESCANSAR

Por fin Mr. Smith se dispone a descansar un rato, después de pasar tantas dificultades, y Mrs. Smith a hacer otro tanto, pensando que ya sus vicisitudes han terminado y que van a disfrutar de unas bien ganadas vacaciones. Pero les es imposible conciliar el sueño, porque el ruido de los ómnibus, de los vendedores de billetes, de periódicos y quizás de una victrola en las inmediaciones a todo lo que da, les alarma, y les obliga a salir sobresaltado al balcón, para ver que pasa en esta ciudad, si ha habido una revolución o un fuego.

EL VIAJE AL RESTAURANTE

Pasado las doce del día, se levantan los esposos Smith y se disponen a almorzar. Al encaminar sus pasos a un restaurante, van seguidos por las calles por la misma comitiva de "espanta-turistas" a que nos referimos en nuestra crónica anterior, del guitarrista, los vendedores de flores, de maracas y de billetes, así como de una mujer con un niño en brazos que se ha agregado a la comitiva. Parecen todos como si fueran en procesión, y en el camino al restaurante invariablemente nunca tropiezan con un Policía de Turismo que aleje a dichos elementos, y les proteja evitándoles que le molesten.

LA LLEGADA AL RESTAURANTE

Llegan al restaurante, se sientan a comer, y el dependiente le pone a su disposición el menú turístico, pues hay dos menús, el de los cubanos y el de los americanos, que como es de esperar, es más caro. Casi ningún menú turístico tiene precios, y cuando los señores de Smith terminan de comer o creen que han comido, la cuenta para sorpresa de ellos, nunca baja de cuatro pesos por persona, lo que debía costar un peso veinticinco o a lo más, uno cincuenta por persona.

EL PASEO POR LA CIUDAD

Terminado el almuerzo, nuestros personajes quieren pasear, y entonces empieza otro aspecto de su calvario. Son abordados por choferes y guías no autorizados que le proponen a Mr. Smith llevarlo a ver "shows" (espectáculos inmorales en casa de mujeres de la vida alegre) que Mr. Smith rechaza indignado, porque él no tiene interés en ver esas cosas, y él es un esposo moral. Como él no accede a ver esos espectáculos, por fin uno de los choferes se decide enseñarle la ciudad y parten los señores de Smith a ver nuestros sitios de interés, donde son siempre, invariablemente recibidos, por una misma comitiva o comitiva similar de "espanta-turistas".

REACCION DEL TURISTA

Al regresar al hotel los señores de Smith intercambian opiniones, y como los dos se encuentran disgustados, decepcionados de lo que le dijeron que era Cuba y el tratamiento que le han dado, deciden cambiar su propósito primitivo de permanecer varios días en tre nosotros y cancelan su estancia, para irse al día siguiente al que llegaron para Miami.

Esta, es fielmente, la vida del 70% de los turistas que vienen a La Habana por la vía marítima.

EL REGRESO AL PUERTO

Llenadas las formalidades del caso para regresar rápidamente a los E.U., llegan los esposos Smith al puerto contentos, porque ya le quedan pocas horas en Cuba y porque ven el barco que los va a sacar de esta tierra. Pero aquí en el muelle, les espera otra sorpresa, la de los vendedores de cartaras de cocodrilos, de castañuelas, de objetos hechos de marfil, y de maracas, que se han introducido ilícitamente donde les está prohibido penetrar en el muelle para vender, que les acosan hasta que los señores de Smith suben la escala del barco, pero sin las maletas, porque de las maletas se ha apoderado sin que ellos se den cuenta, un maletero que después les exigirá a bordo veinticinco centavos por cada equipaje que le ha transportado desde el muelle hasta su camarote.

Se meten los señores de Smith en el camarote, y llegan finalmente a Miami, y ya se pueden ustedes imaginar que referencias podrán dar nuestros personajes a sus amigos, cuando estos le digan que piensan venir a Cuba. Nuestra opinión sincera, es que para

el desarrollo y expansión futura del turismo mientras persistan las actuales condiciones es preferible que los turistas no vengan a Cuba, dada la influencia que sus opiniones perjudiciales para nosotros, tienen en el ánimo de aquellos, que piensan visitarnos.

Y toda esta situación existe y persiste pese a la actuación de un Instituto Cubano del Turismo, que si bien está integrado por un grupo muy distinguido de personas, intachable en el orden personal, y que como institución sabe percibir los dos cincuenta que paga cada turista por entrar en Cuba y los trescientos mil pesos que le da el Gobierno, no sabe interpretar los deseos del Presidente de la República de desarrollar el turismo en Cuba, ni dar la debida protección, como lo hace el mundo entero, a los turistas.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA